

DÍAS DE RADIO

Entonces, era la infancia. Y la sensación de eternidad. Cada momento plasmaba la intensidad de una vida imaginada perenne. Yo no sabía aún que algún día he de morir. Ni ensombrecía mis sensaciones por su duplicidad con pensamientos. Vivir era prístino como la mejor agua, como el aire puro: era el tiempo de la total presencia.

El triciclo, los soldados de plomo, los autitos de madera o plástico, las figuritas, las bolitas, los juegos de la mancha y escondidas. En un barrio de esa Rivadavia periférica al mundo pero por entonces próspera, se dibujaban mis días en espacios de muchos varones y unas pocas niñas, donde sobraban los que ayudaran a jugar a la pelota o a las bochas, así como también los que nos daban una zurra a los más chicos cuando se les venía en gana.

En mi casa poblada siempre -pues éramos cinco entre hermanos y hermanas- la radio ocupaba un lugar central. Casi único aparato: teléfono no había, televisor tampoco, la heladera eléctrica llegó tardíamente a reemplazar los sempiternos bloques de hielo que había que ir a buscar en bicicleta a unas cuadras, pues tampoco teníamos auto. La radio era dueña y señora, ese aparato para acompañar soledades, alegrías y tardes vacías.

Mi padre tenía preferencia por Los Chalchaleros, y por la ópera. Los primeros lograban cierta escucha familiar: sonaban por entonces “Yo vendo unos ojos negros”, “Paisaje de Catamarca”, o la autobombo “Zamba del chalchalero”. No parecida suerte tenían los giros operísticos: ni Caruso nos hubiera convocado. Tampoco tenores como Gigli, o sopranos que nos resultaban insoportables, a las que entendíamos como destemplados gritos destinados a romper cualquier armonía. Huir a la hora de las óperas.

Aquellos programas que acompañaban a mamá en el lapso de la limpieza: “Y se va la mañana, señora, ¿eh?”, o también “Mañanitas mendocinas”. Los jingles y estribillos, como aquellos de “Feliz cumpleaños, querida LV10”, o los relativos a marcas y casas de comercio, como las por entonces enjundiosas “Casa Muñoz” o “A la ciudad de Buenos Aires”. Es memorable la canción que presentaba a “En todas partes el primero, el auténtico vaquero...es el vaquero Far West!!”. Previo a la llegada de las marcas extranjeras que arrasaron con todo: los pantalones Lee hundieron a los Far West, así como la Coca-Cola desplazó sin piedad a la Bidú de los primeros años, mientras la “bolita” y la Naranjina se volvían recuerdo.

Ah, la radio como compañía...yo soñaba con las tiendas y los salones de que se hablaba allí, para alguien del suburbio del suburbio (viviendo en Rivadavia) los sueños de grandiosidad urbana se centraban en la ciudad de Mendoza, donde había usos tan sofisticados como los del tranvía, el ascensor, el teléfono, los micros para moverse.

Y las fantasías del fútbol. Yo había llegado a creer que, de grande, iba a ser locutor futbolero, pues me parecía un oficio encantador. Escuchaba y leía todo: el domingo empezaba con los "Tangos esperando el fútbol" –pura impaciencia, pues por entonces no me gustaba el tango- para después iniciar con la "Cabalgata deportiva", y que, finalmente, se pronunciara la fórmula mágica: "Queda con ustedes...Fioravanti!!". Y pasamos de los tiempos de Sívori y Angelillo, a los de Marzolini, Roma, Onega y Artime. Luego, la voraz lectura de la "Goles" y "El Gráfico", este último siempre con pretensiones de seriedad y análisis. Y luego, en la canchita de la cuadra, nosotros mismos éramos Onega, éramos Marzolini, nos poníamos las identidades que nos resultaban más propias del cariño y del módico ego provinciano.

También las novelas, ¿quién de aquel tiempo no las recuerda? Lo rudimentario del radioteatro de la época era conmovedor: Federico Fábregas, Sebastián Pérez, Oscar Ubriaco Falcón. Allí aparecían Santos Vega o La Luz Mala transfigurándose, todo un mundo de creencias campesinas abigarradas en relatos cuyos efectos especiales se hacían tamborileando los dedos sobre una mesa. Dramones sentimentales, héroes imposibles, bandidos rurales, se mezclaban en historias que nos reunían a varios de la familia alrededor del pequeño aparato, ávidos de la aventura por venir, tanto más nuestra cuanto menos visual.

Y ni hablar de los ruidos cuando alguien quería escuchar onda corta, o cuando algunos de los tristes y por entonces repetidos golpes de Estado. A ver qué dice una radio chilena o uruguaya. Los silbidos agudos, el ruiderío informe, la superposición de voces e idiomas indescifrables componían un "coctel" que nos era conocido, que cada tanto volvía a colarse entre nuestras acciones y tedios.

O las elecciones –todas con proscripción en esos tiempos, sin que yo pudiera descifrar bien las razones-, cuando yo buscaba un cuadernito cualquiera y ponía desde temprano los nombres de los partidos concurrentes. A veces aparecían algunos sospechosamente vestidos de peronismo: sospechosamente para los censores, que querían al peronismo afuera, y también para muchos peronistas, porque a menudo el líder había ordenado el voto en blanco. Este arrasaba, pero como no era "voto válido", otros ganaban: yo, con padres que nos orientaban a la misa dominical y la formación religiosa, me preguntaba siempre por qué le iba tan mal al partido Demócrata Cristiano, que no arrimaba ni de lejos.

Modos de reunirnos familiarmente, o de acercarnos solos cuando tristes o aburridos, hallábamos en el aparato de radio un amigo no humano. O casi humano: yo, como tantos niños, por mucho tiempo esculqué detrás del aparato para encontrar al personaje que allí estaba metido y nos hablaba. No puede no estar el que habla, hay alguien allí habitando, esa era nuestra creencia por entonces.

Y ya no. Hoy la radio no es central: no nos ha dejado, pero ha sido en gran parte reemplazada. Se la llevó la infancia, o ella es la que nos robó esa infancia. La intensidad no nos inflama: perdimos en el camino caudales de ilusiones. Ahora sabemos que la vida puede ser menos nítida de lo que parecía. Reverbera poco el sol, y nos hemos acostumbrado a los eclipses.

No: recordar no es vivir. Pero es una manera de hacer refulgir de nuevo, como relámpago, algo de aquella sensación de plenitud. Cuando vivir era nuestra manera de ser eternos, era de algún modo participar de Dios. Desterrados del paraíso, hoy sabemos que la radio fue parte de aquella hora en que la vida se dibujaba iridiscente.-